

RAFAEL BENÍTEZ TOLEDANO

LA PROPIEDAD PRIVADA

Con ilustraciones de JOSÉ BASTO

Prólogo de Felipe Benítez Reyes

Epílogo de Pedro Sevilla



Libros Canto y Cuento

EL POETA A LO SUYO

CON Rafael Benítez Toledano comparto el primer apellido, aunque sin vínculo de parentesco, y compartimos muchas otras cosas: entre ellas, y allá por 1987, un piso en la sevillana calle de Luis Montoto, cuando él era gerente de la empresa familiar y salía cada mañana con un elegante traje de sastrería a dar todo por el comercio y yo salía vestido de fantoche castrense –gracias en parte a que me asignaron un uniforme dos tallas más grandes- a dar todo por la patria, como soldado raso, en la Capitanía General.

Mientras él defendía la bonanza del negocio, yo protegía al país de invasores potenciales, lo que no quitaba que, una vez cumplidas esas tareas tan arriesgadas e inciertas tanto en el terreno mercantil como en el campo de las batallas hipotéticas, nos acercásemos casi cada tarde a El Rinconcillo a tomarnos una copa de Fino Imperial, que era lo más –y más caro– que entonces se ofertaba en vinos de Jerez, lo que llevó a un camarero a recibirnos, en premio a hacerle un buen gasto, con un “Aquí están mis príncipes”, rango

del que no podíamos quejarnos ni mucho menos, aunque la coherencia hubiese exigido tal vez que la bienvenida consistiera en “Aquí están mis emperadores”, por lo del nombre del vino en cuestión. Pero cuando uno es joven se conforma con lo que le otorguen, y con aquel tratamiento nos dábamos por satisfechos, en especial porque, durante el rato que pasábamos en aquella taberna añeja y célebre, dejábamos de ser un gerente sin ilusión y un soldado sin vocación para ascender a la categoría de personajes principescos de las mil y una noches, así sólo lo fuésemos, como no hace falta precisar, en la fantasías monárquicas del camarero, ya que, dejando aparte aquellas expansiones imperiales, ambos manteníamos una dieta mayormente de bocadillos, que es algo que los príncipes no suelen practicar ni cuando se ven obligados a exiliarse.

(Pienso ahora, no sé, que, en correspondencia a la generosidad de aquel camarero en conceder dignidades, debimos aparecer por allí alguna vez tocados los dos con un turbante y decirle que había acertado: que éramos dos descendientes de Solimán el Magnífico fugados de Turquía para evitar los hechizos de un mago que nos la tenía jurada o para huir de un matrimonio de conveniencia con las hijas gemelas y malajes de un visir, al andar nosotros enamorados de las contorsionistas estelares del Gran Circo de Belgrado o similar.)

Rafael nació en Jerez de la Frontera, pero, sin de-

jar de ser muy canónicamente jerezano, es también de Rota, mi pueblo, de manera que, aparte de compartir apellido y el principado del Fino Imperial —un vino que, por esas extrañas filosofías enológicas, no es en rigor un fino, sino un amontillado—, somos también paisanos electivos: en la playa de la Costilla tiene él enterradas, como se entierra un tesoro, su niñez y adolescencia, de igual modo que en su memoria tiene siempre presentes a los seres queridos a los que ha visto enterrar, por esos golpes tan fuertes que da la vida y de los que él lleva más de la cuenta.

Rafael escribe desde que lo conozco, y nos conocemos desde casi niños, pero es quizá la persona de cuantas tengo datos que menos ha hecho por difundir lo que escribe, y no porque le quite importancia a su poesía, sino tal vez, y por la vía de la paradoja, porque el hecho de escribir poemas es una de las cosas que más le importan.

Ahora bien, ¿dar vuelo después a todo eso? Él siempre ha preferido las ediciones tan restringidas como cuidadas, por su gusto por los esmeros tipográficos y por entender quizá que los poemas se escriben para que los lean los allegados y, en casos tan extremos como extravagantes, algún despistado que pase por allí, pero no para el público en general, que suele andar en otras aficiones.

Se ha permitido, en definitiva, el lujo dandístico de

ser un poeta casi secreto, categoría que unos consideran una maldición y otros en cambio una bendición.

Los poemas de Rafael son su manera de decirle a la vida que, a pesar de sus pesares, él está en la vida, a lo que venga, sea adverso o gozoso: el acta testimonial de lo que ha padecido y de lo que ha disfrutado, de lo que ha imaginado y de lo que ha sentido, de lo que ha aborrecido y de lo que ha deseado, de los placeres etílicos de la amistad y de los placeres agridulces del amor, de lo perdido y lo hallado y lo no encontrado nunca...

Es su manera de entender esto, este fascinante jaleo entre metafísico y retórico que viene a ser la poesía: el relato estilizado del vivir, la interpretación lírica de una vida.

En consecuencia, Rafael es un poeta de tonos muy variados, porque muy traída y llevada ha sido su biografía. Del registro simbolista de Antonio Machado pasa al registro canalla de Manuel Machado. De la poesía popular pega un giro al epitafio bromista. Canta a sus novias y canta las bodegas de su pueblo. Reflexiona ante un paisaje o medita ante una copa de vino. Nos habla de sus viajes por el mundo o de sus viajes alrededor de los territorios brumosos del recuerdo. Puede ser elegíaco y celebratorio. Evoca su niñez y evoca a sus difuntos. Y así. Lo suyo viene a ser, como quien dice, el poliedro.

En esta antología, las musas son muy diversas –aun-

que predominan, eso sí, las de carne y hueso, a las que galantea con especial afición.

Veo ahora, en una retrospectiva, a aquel Rafael que se movía por Sevilla en su Vespa histórica, con un traje príncipe de Gales como poco, siempre dispuesto a compartir un rato con los amigos, a invitarlos a almorzar si andaba bien de cartera, o en el tendido de una plaza de toros para ver torear –y es un decir, porque eso dependía de una secuencia bastante improbable de milagros– a Rafael de Paula. Veo, con los ojos de la memoria, a un Rafael Benítez siempre sonriente a pesar de arrastrar amarguras muy hondas, siempre diligente, siempre a paso ligero, como si temiese llegar tarde a algún sitio aunque no fuese a ninguna parte en concreto.

En estas páginas que siguen, en fin, un hombre nos cuenta las cosas de su vida, su paso por la vida. Y lo hace sin adornarse en el retrato moral, porque eso no sería propio de una persona cabal ni decente, sino como quien no quiere la cosa. Las cosas, eso sí, que más ha querido.

Felipe Benítez Reyes

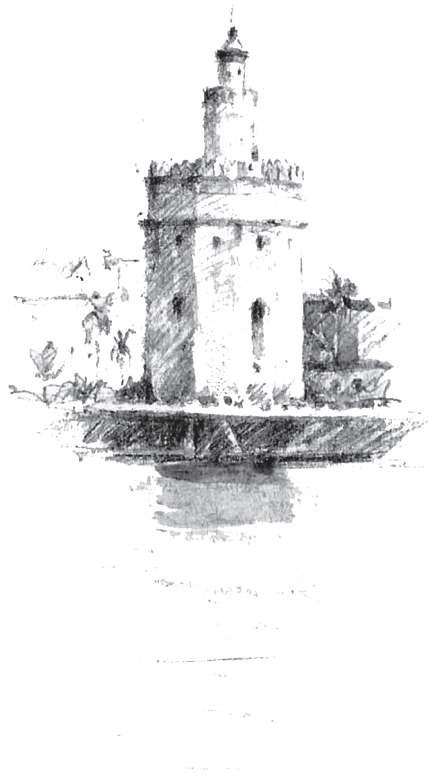
JUGAMOS AL BILLAR

YA sabéis que hace un tiempo
que no nos divertimos como antes.

Ya no nos hacen gracia tantas cosas
que hasta ayer con ingenio
comentábamos juntos. No encontramos,
con aquella frecuencia, ni miradas obscenas
ni esas otras miradas
que siempre nos mantienen
despiertos hasta el alba.

Paseamos
por parques y avenidas,
húmedas alamedas, visitando
bares de luces lentas.
Discurren los minutos
como sorbos
de un licor obligado.

Ninguno entre nosotros desconoce
que no es esto la vida, en tanto dibujamos



OCTUBRE EN EL BALCÓN

(Rota 1997)

REGRESA mi mar de invierno
como un anciano irritado,
como un loco iluminado
gritándole olas al puerto.

Es este mar, que es de otros,
el que ven desde la orilla
marinos de pacotilla
y señoritos ociosos.

En la bahía los veleros
le peinan canas de espuma
y aplican laca de bruma,
como buenos marineros.

CANCIÓN CON TAMBOR

AÚN soy tan, tan, tan, tan niño;
un tonto tan, tan sin tiento,
que queriendo decir digo
acabo diciendo diego.

Aún soy tan, tan, tan, tan niño;
un tonto tan, tan sin tiento,
que hablo en pasado contigo
equivocando los tiempos.

Aún soy tan, tan, tan, tan niño;
un tonto tan, tan sin tiento,
que no acierto y te maldigo
cuando te digo te quiero.